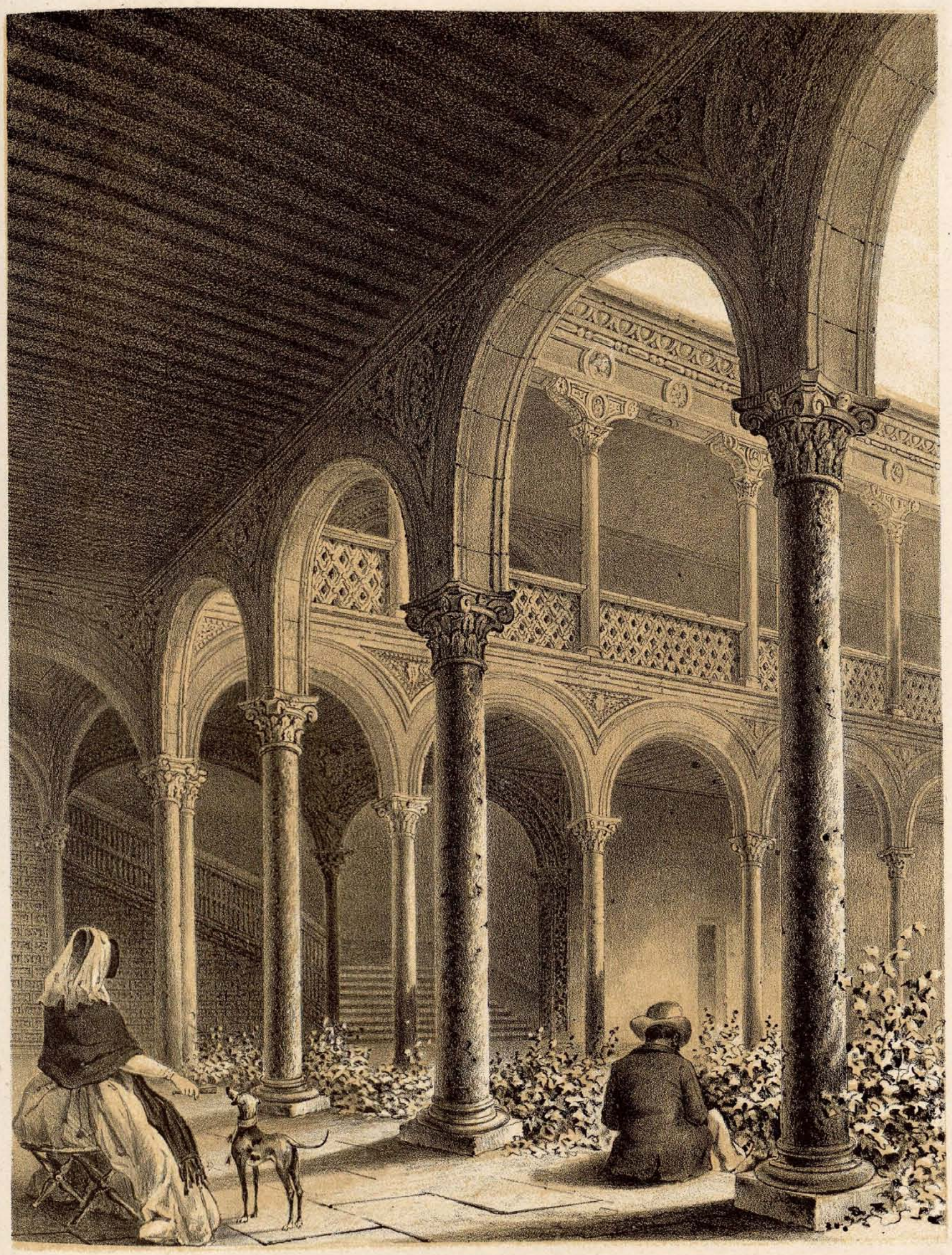
do con variedad de casetones, sobre los balaustres de su pasamanos y sobre el artesonado de su techo todavía lindo á pesar del blanqueo. Todo se debe á la esplendidez de los arzobispos Fonseca y Tavera; las cinco estrellas, blason del primero, brillan en las enjutas de los arcos; el nombre del segundo se lee sobre las airosas portadas de la galería superior: y solo acusan allí una fecha mas remota los dos ajimeces de austero gótico abiertos en el piso bajo.

A estas obras otras sin duda debieron preceder no menos suntuosas respecto de su siglo, ya que los arzobispos de Toledo desde el principio parecieron fijar en aquel palacio sus complacencias. Allí residieron á menudo como en su propia corte, allí exhalaron muchos el último aliento (1); algunos legaron á aquella tierra sus mortales despojos. En la sala de *concilios* juntáronse repetidas veces los obispos de la dilatada provincia toledana, convocados en 1333 por D. Jimeno de Luna, y acordando en 1400 por influjo de la Francia suspender la obediencia al papa de Aviñon; y todavía fuera imponente el aspecto de aquella vastísima estancia si desapareciera el postizo techo que la ahoga, y dejara ver su rico artesonado formando dos vertientes. Mas allá se admiran las estrellas y casetones que bordan el techo de la gran torre, cuadrada en su raiz y octógona en su remate; y al través de renovadas piezas, ora aparece una galería del renacimiento, cuyo antepecho pretende aun remedar el gótico, ora se enfila la estensa columnata contemporánea del patio, que flanqueada por dos pabellones, y abarcando la fachada mas visible, tiene un jardin á sus pies y ante sí la poblacion entera. Y para compendiar en la fisonomía del monumento todas sus épocas y destinos, si seguís por la desierta calle abajo hasta la puerta de *Madrid*, y dais vuelta á sus afueras entrando por el portillo de *S. Bernardo*, se os presentará como alcázar encerrado en ciudadela belicosa que hizo construir para su resguardo el infatigable Tenorio (2); y de sus altos muros, hoy tapias de huerta, irá destacándose larga serie de tor-

(1) Hé aquí los nombres de los arzobispos que fallecieron en Alcalá y la fecha de su muerte: don Jimeno de Luna en 17 de noviembre de 1338, si bien Mariana lo pone en el año anterior; D. Sancho de Rojas en 24 de octubre de 1422, y Juan II acompañó su cadáver hasta la puerta de la villa; D. Juan Martinez de Contreras en 16 de setiembre de 1434; D. Alonso Carrillo en 1.° de julio de 1482; D. Alonso de Fonseca en 4 de febrero de 1534; D. García de Loaysa en 22 de febrero de 1599, y está sepultado en la capilla subterránea de S. Justo.

(2) En la *Vida* del arzobispo Tenorio dice Eugenio de Narbona «que edificó muro labrado de cantería bastante á defender mayor poblacion con torres y baluartes cual convenia, desde la puerta de Madrid hasta la torre de palacio, al cual tambien aumentó con fábrica de muchas piezas, torres



Dib.º del nat.l y lit.º por F. J. Parcerisa.

PATIO DEL PALACIO ARZOBISPAL.

(Alcalá de Henares.)

BIBLIOTECA REGIONAL DE MADRID
Comunidad

DIPUTACION PROVINCIAL
BIBLIOTECA
MADRID

reones, cuya forma en sí diversa varían mas y mas los caprichosos estragos del tiempo.

Ya no teme asaltos la aportillada cerca, ya no aguardan tampoco los desiertos salones la pomposa comitiva del primado de las Españas; harto empero tiene que llorar Alcalá por otras ruinas que hunden en pós de sí su prosperidad y su gloria. Émula de Salamanca durante tres siglos, repartió con ella el honroso timbre de madre del saber y maestra de la juventud castellana; desde fines del siglo XIII presintió el arzobispo D. Gonzalo su destino, obteniendo de Sancho IV la erección de estudios generales con iguales privilegios que los de Valladolid; y aquel dia, 14 de marzo de 1498, en que Cisneros investido apenas de su dignidad, sobre el plano trazado á presencia suya por el arquitecto Gumiel, colocó solemnemente la primera piedra del colegio mayor de S. Ildefonso, aquel dia Alcalá nació por segúnda vez para recorrer su período mas brillante. Removióse la poblacion cual industriosa colmena al hospedarse en ella las ciencias con su bagaje y comitiva; las artes concurrieron para fabricarles su morada; y la naciente imprenta rompiendo sus envolturas se puso al frente del movimiento con su famosa edicion de la biblia *poliglota*. En medio de los cuidados que le daba el gobierno de su vasta diócesis y su alto influjo en el de la monarquía, en medio de sus empresas, fundaciones y reformas, no perdió de vista por un momento el gran prelado aquella creacion favorita de su genio, ya dotándola con pingües rentas y heredades, ya buscando y reteniendo para su nuevo plantel los mas sabios profesores dentro y fuera de la Península; y al través de obstáculos y sinsabores sin cuento, logró al cabo en 26 de julio de 1508, poco antes de vestir la coraza para la espedicion de Oran, ver inaugurada su querida universidad. Lo que obró en París una larga serie de siglos y la constante proteccion de los monarcas, un fraile en breves años lo llevó á cabo entre nosotros (1): las ciencias eclesiásticas, las lenguas sabias, la renaciente literatura, la física en mantillas aun, hablaban en Alcalá por boca de ilustres repre-

y homenages que hoy se reconocen obras de tal dueño marcadas con los escudos de sus armas.» Y añade Portilla, historiador de Alcalá: «Este muro interior con otro esterior al campo, en cuyo ángulo está la torre Almarrana, forman el recinto de una plaza de armas muy capaz, en cuyo distrito hay al presente una huerta amena, propio fruto de la paz.»

(1) Hizo esta observacion Francisco I visitando la universidad de Alcalá cuando era conducido prisionero á Madrid, y admirando sus repentinos adelantos.

sentantes; y al colegio *mayor* se agregaron otros siete, brindando á todos por igual con generosa enseñanza, y abriéndoles con ella la entrada para los mas altos puestos y dignidades. Apenas hay hombre esclarecido cuya planta no trillara aquellas losas, ya comunicando, ya recibiendo las luces que despues le inmortalizaron: las generaciones se renovaban, y mientras Alcalá se envanecia de sus alumnos, asociaban estos á su nombre con filial complacencia las vivas impresiones de su mocedad, sus primeros afanes y triunfos, y los recuerdos de aquella libre y animada vida de estudiante que destacan tan halagüeños entre los cuidados de la edad madura.

Cisneros no gozó de la vista del suntuoso edificio que ahora entristece por su desvalida grandeza; presintiendo su fin cercano, dióse prisa á concluirlo de ladrillo, con la esperanza, manifestada al rey Católico, de que otros en pós de él lo construirian de mármol. Y en efecto, antes de pasar los treinta años, el rector Juan Turbalan, con achaque de inminente ruina, hizo reedificarlo desde los cimientos, siguiendo la traza de Rodrigo Gil de Hontañon, que proveía entonces de nueva catedral á Salamanca. La arquitectura de la fachada es como de aquel tiempo, caprichosa é indecisa, desnuda y prolija á la vez, de grandes masas y minuciosos ornatos, de tímida robustez en su parte inferior y de osada ligereza en el remate; pero al desembocar por bajo de un arco en la desierta plaza, su grandioso conjunto impone, realzándolo la ancha lonja que corre á lo largo de su zócalo cerrada un tiempo con altas verjas, y el hermoso barniz que en su piedra ha dejado la huella de tres siglos. Pilastras en el primer cuerpo (1) y columnas en el segundo, labradas unas y otras al estilo plateresco, dividen la fachada de arriba abajo en cinco partes; un frontispicio triangular, con hoja y figuras y la efigie de los cuatro doctores en el medallon de su centro, corona las ventanas del piso bajo, pero las gruesas jambas y el anchísimo dintel ahogan casi su abertura. En el cuerpo principal las dos ventanas del estremo y los tres balcones centrales, con adorno de columnas y frontispicio semicircular, ofrecen mas ligereza; y encima tiende sus arcos una airosa galería intermediados con istriadas columnitas, y una balaustrada superior lanza al viento sus agujas imitando góticos botareles. Rica en detalles la portada ocupa la division del medio has-

(1) En un tarjeton de la pilastra derecha estrema está consignada la fecha de la obra, 1543.

ta la mayor altura del edificio; pareadas columnas, ya corintias, ya plateresca, sostienen sus tres cuerpos, con repisas sin estátuas en los intercolumnios de los dos primeros; y cada cuerpo presenta sus peculiares blasones. En el inferior ábrese la puerta en arco levemente aplanado, con ángeles esculpidos en las enjutas, y orlada con el cordon franciscano del fundador que rodea asimismo la fachada; adornan el segundo sus timbres cardenalicios á cada lado del balcon y cuatro atletas en diversas actitudes; campea en el tercero un grande escudo imperial con las columnas de Hércules y dos reyes de armas á los lados. A manera de ático este tercer cuerpo corta por medio la galería, y descuella sobre la balaustrada el fronton triangular que lo corona, donde aparece bendiciendo la obra el busto del Redentor.

Todo ha muerto en el interior del edificio, condenado ya á perpetuas vacaciones; las aulas silenciosas y vacías, cubiertos de yerba los patios, el claustro principal destituido de la única animacion y belleza que podian comunicarle alegres bandadas de estudiantes inundando á horas fijas sus tres órdenes de galería (1) ó rodeando el barroco templete de la fuente que en medio brota. El salon de ceremonias, decorado con el eufónico nombre de *paraninfo* y desnudo ya de su mueblage y colgaduras, bajo su deslucido artesonado de estrellados y polígonos casetones no verá repetirse aquellos lucidos y solemnes actos, que daban á los grados académicos cierta índole caballeresca, y que encerraron de vez en cuando fecundo porvenir para las letras; festivo tropel de convidados ya no ha de coronar el balconaje de aplanados arcos, que rodea la estancia á la mitad de su altura, cuajado en sus pilastras y friso de plateresca labores (2). Desaparecen bajo el polvo las que revisten los muros de la capilla, encuadradas dentro de arcos góticos de varia y adulterada forma; y los primorosos detalles de su techo se pierden en la oscuridad. Ved ahí lo único que resta de la primitiva fábrica de Cisneros: todavía ocupa la capilla mayor un gótico retablo, representando en el centro la imagen de S. Ildefonso, á quien la dedicó el heredero ilustre de su mitra; pero en medio de ella el suelo se

(1) Corona estas galerías una barandilla de piedra con agujas ó merlones, y en cada una de estas hay una letra que juntas dicen, *en luteam olim, marmoream nunc*, aludiendo á las palabras dirigidas por Cisneros al rey Católico que estrañaba lo humilde de la fábrica. Hizo este claustro José Sopeña por los años de 1670.

(2) En 1518 fueron llamados para adornar este salon los escultores Bartolomé Aguilar y Fernando de Sahagun, y á fines del mismo siglo lo continuaron Alonso Sanchez y Luis de Medina.

nota removido como si algo de allí faltara. Y es que en aquel sitio yacían los huesos del inmortal prelado, y su efigie de blanco mármol revestida de pontifical descansaba sobre la urna de esquisito trabajo, cuyos ángulos sostenian cuatro grifos, y verjas labradas mas tarde á mediados del XVI por Nicolás de Vergara, sembradas de follages y mascaroncillos, rodeaban el monumento (1). Ahora se ha tratado de exhumar los huesos y desmontar el sepulcro, antes de saber adonde trasladarlos, como para arrancar al edificio su paladion tutelar: y aunque ya no creamos como los antiguos que la ilustre sombra vague irritada y sin descanso arrojada de su mansion postrera, ¿qué le diremos al estrangero que nos pregunte ansioso por el monumento que ha levantado la nacion al mayor de sus prelados? Que el sepulcro yace deshecho aguardando que se le franquee un asilo y el gasto de reponerlo, que los huesos no han parecido, y que en breve le servirán de túmulo á falta de otro los escombros de su predilecta fundacion (2).

Capítulo séptimo.

Aranjuez.

Al sudoeste y al sur de la capital dentro de los confines de la provincia, ni interesantes poblaciones, ni aislados monumentos descue-

(1) Labró este sepulcro el escultor Domenico florentino no se sabe si en España ó en su patria misma, y costó 2100 ducados de oro; los dísticos de su inscripcion los compuso Juan de Vergara en su mocedad:

Condideram musis Franciscus grande Lyceum
Condor in exiguo nunc ego sarcophago.
Prætextam junxi sacco, galeamque galero,
Frater, dux, præsul, cardineusque pater.
Quin virtute mea junctum est diadema cucullo,
Cum mihi regnanti paruit Hesperia.
Obiit Roæ VI idus novem. MDXVII.

En un pedestal de la hermosa reja se esculpieron estos otros:

Advena, marmoreos mirari desine vultus,
Factaque mirificá ferrea claustra manu.
Virtutem mirare viri, quæ laude perenni
Duplicis et regni culmine digna fuit.

(2) Hubo proyecto de trasladar el sepulcro á la iglesia del Noviciado de Madrid como unida al

llan en el seno de aquellas sábanas sin límites, que desnudas de objetos, tan solo de las horas y de las estaciones reciben variedad de colorido. Verdad es que á menudo en el declive de una hondonada ó en lo alto de un recuesto asoma un grupo de casas estenso ó reducido, que sin la torre de su parroquia apenas se distinguirian del suelo del cual parecen naturales excrecencias: las hay que se envanecen de su origen carpetano, y de su antigua repoblacion en el siglo XII por colonias segovianas (1); las hay que conservan informes restos del castillo que habitaron en la edad media sus señores; mas no por esto es menos trivial al par que rústica su fisonomía. Sin embargo, la proximidad de la corte las ha ilustrado á veces con pasageras é inesperadas honras, confiándose á su hospedage los soberanos en solemnes ocasiones. Si tomais el camino de Estremadura, bien pronto os apartará á la derecha la amena Odon, el presente Villaviciosa, brindándoos con delicada y copiosa fruta: escogióla por retiro Fernando VI para llorar la muerte de su consorte y prepararse á la suya propia; y en aquel castillo de los Condes de Chinchon, batido por los comuneros, que la arquitectura de Herrera convirtió mas tarde en gruesa y ancha mole desnaturalizando su objeto y dándole en comodidad lo que perdió en gallardía, allí cerró los ojos en 1759 el buen monarca. Sobre el mismo camino Navalcarnero os recordará el enlace allí consumado en 1649 por Felipe IV, brillante todavía en su edad madura, con su sobrina y segunda esposa la austera D.ª Mariana: dos leguas mas allá la decaida villa de Casarrubios, labrada en parte con las ruinas de su castillo, por poco no recogió en 1618 el postrer suspiro de Felipe III asaltado allí por aguda dolencia á su vuelta de Portugal, si no le sanara su devota fé á vista de las reliquias de S. Isidro.

edificio de la Universidad, y luego demolida aquella, á la de S. Gerónimo del Prado, que sigue ocupada por artillería; la colegiata de Alcalá y la catedral de Toledo lo han reclamado á su vez. En cuanto á los restos tenemos entendido que en 1677 fueron estraidos del sepulcro á causa de la escesiva humedad del sitio, y colocados en parage inmediato, de lo cual sin duda debió constar noticia en el archivo de la Universidad.

(1) Hay quienes reducen la *Mantua Carpetana* á Villamanta, *Methercosa* á Móstoles, *Miacum* á Alcorcon ó á Meco, *Varada* á Vallecas, *Thermeda* á Tielmes, *Titulcia* á Bayona de Aranjuez, y así de varios otros pueblos nombrados por Tolomeo; pero de esto apenas hay nada de cierto. Menos dudoso es que ácia 1100 fundó el segoviano Guillermo de Rivas la villa de Rivas que Alfonso VIII en 1190 incorporó á la corona; que Mejorada lo fué en 1150 por el obispo de Segovia, y en el mismo año fué reparado Getafe, llamado Satafi por los sarracenos. A Navalcarnero lo poblaron igualmente segovianos, reteniendo por privilegio de los reyes Católicos el derecho de nombrar alcaldes. Batres, repoblado en 1136, conserva un castillo, del cual eran señores los Garcilasos de la Vega.

Si enderezais empero el rumbo ácia mediodia, vereis desfilar á vuestra derecha, unas apartadas, otras á orillas de la carretera, á Villaverde, Leganés y Getafe, á Pinto y á Valdemoro, villas floridas y opulentas respecto de la comarca, bien que desnudas de interes para el viajero que anhela reposar bajo la fresca sombra de Aranjuez. Apenas huella los límites de la provincia para entrar en la de Toledo, se distinguen serpeando en la terrosa llanura las franjas de verdor que señalan el curso del Jarama, y á poco rato rueda el coche sobre el magnífico puente *Largo*, cuya construccion fué uno de los primeros cuidados de Carlos III. Ya no es el rio que á dos leguas de Madrid atraviesa humilde y silencioso el puente de Viveros; acrecentado con las corrientes del Henares, ha murmurado bajo la moderna armazon de hierro del de Arganda, ha recogido en su seno al cortesano Manzanares, acaba de juntarse al rústico Tajuña, y diríase que lleva consigo los tributos y homenages de la provincia entera para deponerlos bajo los balcones del monarca: pero tropieza con el Tajo, y cediéndole el honor insigne de alegrar por sí solo la regia mansion, le aguarda á la salida para celebrar con él su enlace, sosteniendo con sus caudales los *dorados* timbres y nombradía de su compañero.

Al descubrir por fin el delicioso valle inundado de colina á colina por un piélago de verdor, donde parece haberse refugiado la vegetacion de muchas leguas en contorno, al enfilar sus altas y copudas alamedas que se prolongan en todas direcciones, igual es la sorpresa del que por primera vez se acerca á la corte y del que por primera vez se aleja de ella; y ambos conciben ilusorias esperanzas del punto adonde respectivamente se encaminan, tomando aquel breve oásis por frontera de un pais encantado. Angosto y turbio, como mermado ya por copiosas sangrías, se desliza el Tajo á la entrada bajo un puente colgante de hierro; y desde luego asoma sus techos de pizarra la rojiza mole del real palacio envuelta en densísima arboleda al lado de una cascada. Su lienzo contrapuesto á la fachada principal, con larga fila de balconaje y cúpulas á los estremos, es el que de pronto aparece á la derecha del que viene de Madrid, en el fondo de un pensil de flores regado por cuatro estanques y una magnífica fuente: á la izquierda se dilata muy lejos el grandioso jardin del *Príncipe*, y osténtase entre verjas como en miniatura la linda plantacion que inauguró el actual reinado. Con la fuente de Diana en primer término, campea enfrente

la vistosa plaza cerrada á los lados por largos pórticos de las casas de *Infantes* y de *Oficios*, y en el fondo por el de la capilla de S. Antonio que descuella en medio sobre ancha escalinata; por cima de su cúpula cierran el horizonte los frondosos cerros del *Telégrafo* y del *Parnaso*. Un pueblo formado de posadas en su mayor parte, afectando en su caserío cierta regularidad y elegancia, pero mal preservado de los ardores del sol por sus anchas calles tiradas á cordel, vive en el seno de aquel continuado jardin, respirando una atmósfera que no siempre fué saludable: sírvele de parroquia la iglesia de Alpagés, cuyo nombre es el único recuerdo de otro lugar que existió mas al oriente. Largo tiempo comprimieron el desarrollo de la poblacion las severas ordenanzas de la dinastía austriaca, celosa de mantener cerrada su amena soledad al tropel de curiosos é importunos, y los grandes y los mismos embajadores tenian que buscar alojamiento en los pueblos circunvecinos; pero los Borbones, mas francos y accesibles, pusieron fin al sombrío aislamiento; la villa brotó de nueva planta á la voz de Fernando VI, restaurador de su parroquia, y la aumentó y mejoró Carlos III, fundador del convento de S. Pascual.

Cuando la orden de Santiago poseía sobre las márgenes del Tajo el vasto territorio conquistado con su esfuerzo, llamó la atencion de los maestres establecidos en Ocaña la amenidad de la aldea que entonces llamaban Aranzuel ó Aranzueje situada en el confluente de ambos rios. Junto al sitio que ocupa el actual, levantóse un palacio gótico al empezar el siglo XV para el maestre D. Lorenzo Suarez de Figueroa; los reyes Católicos lo habitaron alguna vez despues de incorporar los pingüísimos maestrazgos á la corona, y la grande Isabel se complacía en la frondosidad todavía salvage de la *isla* formada por el Tajo. El emperador reservó ya el sitio para su caza y recreo ensanchando el término considerablemente; pero las nuevas obras no empezaron hasta el reinado de Felipe II, puestas bajo la direccion de sus inmortales arquitectos Toledo y Herrera, bien que la atencion de entrambos absorbida por el Escorial no les permitió producir en Aranjuez otra cosa que construcciones sólidas y regulares. Entonces al sur del palacio existente levantóse el *cuarto real* enlazado con aquel por medio de dos pasadizos suspendidos en arco, y luego la capilla primitiva, de la cual resta solo la cúpula, y la vasta casa de *Oficios* y *Caballeros;* entonces tomaron mas varia y elegante forma los jardines sembrados de fuentes y pabe-

llones, plantáronse frondosas alamedas, abriéronse canales para el riego, y trocóse el pantano de Ontígola en vastísimo estanque honrado con el título de mar: de suerte que en 1576 se hablaba ya de Aranjuez como de *una de las cosas mas memorables del mundo* (1). Los dos Felipes III y IV se esmeraron en adornar los jardines con nuevas fuentes y estátuas, pero de estas las mas escelentes pasaron por orden del último á su nuevo sitio del Buen Retiro, y entre ellas la de Carlos V hollando al Furor encadenado: en esto y en varios ensanches y reformas de las habitaciones del *cuarto real* trascurrió el siglo XVII. El palacio de los maestres existia aun, bien que maltratado por dos incendios y destinado para alojamiento de la servidumbre; y no desapareció del todo hasta que en 1727 fué absorbido dentro de la nueva planta, que fundió las diversas construcciones en una fábrica regular y homogénea. Mandóla levantar Felipe V bajo la direccion de D. Pedro Caro, conservando apenas algunos restos de las obras de Felipe II; dióle la última mano Fernando VI, y añadió Carlos III al cuadro las dos alas salientes que avanzan á los estremos de la fachada principal.

Vuelta esta á poniente ácia una plaza semicircular adornada con lindos asientos de piedra, desde donde parten largas calles de arbolado sobre el sitio de la primitiva aldea, preséntase risueña y suntuosa, calcada sobre el modelo que presidia á las obras regias del siglo pasado. Acaso la memoria de Herrera contuvo allí los delirios del churriguerismo; y la arreglada arquitectura de sus dos cuerpos, sus balcones distribuidos entre pilastras, y la balaustrada de piedra que corona el edificio, no desdicen del palacio de Madrid aunque le lleven algunos años de ventaja. Bien parecen en el frontispicio del centro las estátuas de Felipe II y Felipe V y en medio la de Fernando VI, repartiéndose el honor de autores de la obra, con esta inscripcion que asigna á cada cual su parte: *Philippus II instituit; Philippus V provexit; Ferdinandus VI, pius, felix, consummavit anno MDCCLII.* Y en las dos alas salientes que magestuosamente se prolongan dejando en medio una ancha plaza, se lee: *Carolus III adjecit anno MDCCLXXV.—MDCCLXXVIII.*

(1) En la descripcion general de España, que de orden de Felipe II se hizo en dicho año por pueblos y ciudades, dicen los de Ocaña: «que Aranjuez solia ser término de aquella villa, y S. M. la ha sacado de su jurisdiccion y dádosela aparte, y puesto en ella gobernador y justicia. Es este heredamiento una de las cosas mas memorables del mundo, y donde mas ingeniosas y artificiales cosas se hallan, mayor cantidad de granos, conejos, aves &c.»

BIBLIOTECA REGIONAL DE MADRID
Comunidad de Madrid

Dib.º del nat.l y lit.º por F. J. Parcerisa.

Lit. de Donon, Madrid.

PALACIO DE ARANJUEZ.

DIPUTACION PROVINCIAL
BIBLIOTECA
MADRID

Los bustos de Felipe V y de su abuelo Luis XIV presiden en la grandiosa escalera que mandó construir el primero en 1774; sus muchas entradas, sus espaciosos tramos y ramales, los arcos de la galería que la rodea, ofrecen una imponente perspectiva bien que desnuda de adornos. En aquellas reales estancias, lo mismo que en las otras que hasta ahora hemos visitado, todo sonríe á los sentidos, todo entretiene la curiosidad, en los ricos muebles, en las elegantes colgaduras, en los cuadros y frescos de los techos (1): pero no hay que buscar allí sucesion de épocas y de gustos, no hay matices en la uniforme esplendidez, no domina un pensamiento del arte que sea como el tallo comun y vivificador de esas brillantes y derramadas flores; y los ojos se cansan de ver y admirar sin haber trasmitido al alma ni una sola impresion profunda. De entre largas filas de salones sin fisonomía propia, entre la revuelta confusion de espejos y tapicerías, relojes, candeleros y arañas, tan solo dejan rastro en la memoria el gabinete que Carlos III mandó revestir de porcelana de la China con figuras de lindo y caprichoso efecto, y el arábigo retrete con que nuestra jóven reina se propone trasplantar á las márgenes del Tajo un renuevo de la Alhambra.

Ningun otro sitio acaso encierra mas recuerdos de la vida íntima de los reyes; porque la voga de Aranjuez no ha sido pasagera ni se ha resentido de la mudanza de los tiempos ó del cambio de dinastías: cada primavera por espacio de algunos siglos le traía á sus augustos huéspedes casi con la misma regularidad con que trae las flores y el verdor á sus jardines. A la historia empero no han pasado sino los sucesos oficiales, tratados, matrimonios, nacimientos y muertes de infantes y de princesas: tan solo entre estos dias de pasagera fiesta y pasagero luto uno descuella de loco entusiasmo é incruenta asonada, principio vicioso bien que escusable de una gloriosa y sangrienta lucha, que apresuró tal vez la tempestad misma que trataba de conjurar; el dia 19 de marzo de 1808. El pueblo, revolucionario sin saberlo, derribó á un rey para salvar el trono; cayó el príncipe de la Paz arrastrando en pós de sí la corona de su complaciente soberano; y aquellos sitios, testigos de los pueriles recreos de este y de las insensatas ovaciones de aquel, vieron al uno temblando en su escondrijo, magullado y tendido

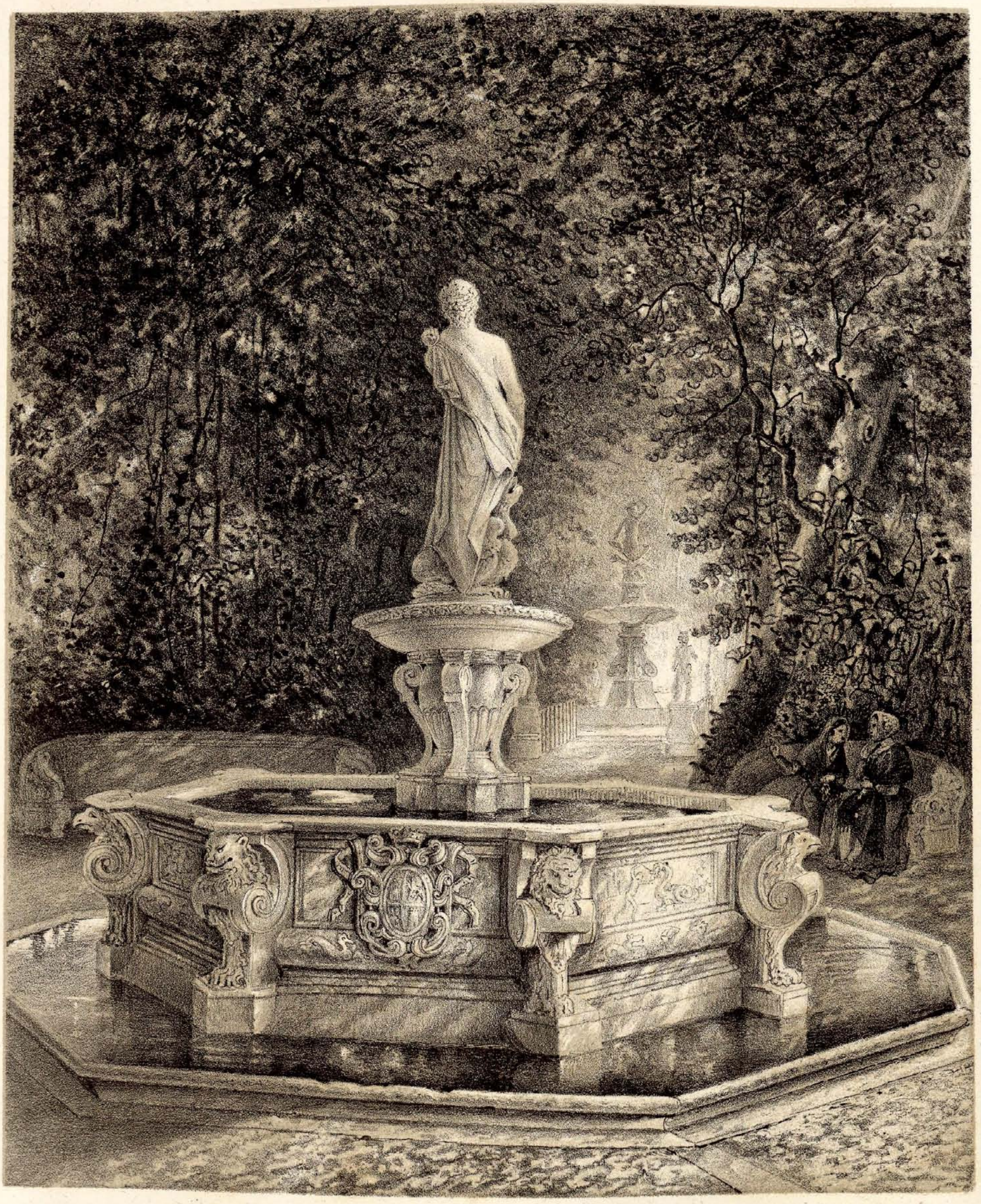
(1) Algunos de estos pintaron Bayeu y Amiconi; entre los cuadros se distinguen varias pinturas de Jordan y de Mengs, pero sobre todo uno de mosáico representando una tempestad que parece obra del mas delicado pincel.

sobre las pajas de su prision, pálido con el temor de acerba muerte, y al otro olvidado de ser rey y padre preparando con su debilidad las vergonzosas abdicaciones de Bayona.

En los jardines, en esos palacios de la naturaleza que cada año se desnudan y engalanan de nueva pompa, descubriremos sin embargo mas distintas las huellas de los sucesivos reinados. Aun subsiste al pié de la fachada oriental del edificio el pequeño jardin *de las estátuas*, solaz y adorno del primitivo *cuarto real;* brota en medio una fuentecita, ocupan sendos nichos en derredor bustos de mármol de antiguos emperadores, y allí permanece la estátua de Felipe IV que en 1623 le hizo dar aquella forma. Osténtase en frente el ameno *parterre* desmontado en 1728, y embellecido mas tarde con la fuente de Hércules que se levanta en medio de cuatro estanques y de macetas de flores: á los lados estan las dos columnas del famoso estrecho, en torno del pedestal esculpidas las hazañas y trofeos del membrudo semidios, y en lo alto su atlética estátua abrazada con la de Anteo, que muere levantado de la madre tierra en convulsa agonía. Pero un sonoro estruendo de aguas obliga á asomaros al lado del norte, donde abre el rio sus cristalinos brazos para estrechar la isla encantada como un haz pingüísimo de plantas y ramilletes: su corriente principal se desliza de golpe sobre una ancha pendiente hirviendo en blanca espuma, y despues de dar movimiento á unos molinos elegantemente disfrazados, baña con largo rodeo las floridas márgenes de los jardines; su canal besa los cimientos septentrionales de palacio, y despeñándose obsequioso por la cascada que se le hizo, corre sin torcer camino á reunirse con su antiguo cauce. Y bien que la gradería harto regular de la cascada desvirtúe hasta cierto punto su grandioso efecto, dándole una monotonía de que jamás adolece la libre naturaleza, el rumor, el movimiento, los cambiantes y reflejos de las aguas hacen al alma dar saltos de placer al compás de sus caidas, y prestan vida y hermosura nueva á las formas del palacio, cual si su mole inanimada participase de lo risueño de las impresiones. Y los vapores de la corriente y los perfumes de las flores impregnan de tal suerte el aire, que al trasponer el sol su anaranjado disco sobre un cielo de esmeralda, semeja un ondulante raudal de oro cada uno de los postreros rayos que penetran oblicuamente al través de la espesura.

Ancho puente con escalones de mármol introduce desde el palacio

DIPUTACION PROVINCIAL
BIBLIOTECA
MADRID



Dib.º del nat.l y lit.º por F. J. Parcerisa

Lit. J. Donon C. Victoria 1

FUENTE DE APOLO.

(Aranjuez)

al jardin de la *isla*; y en el centro de una encrucijada adornada de estátuas mitológicas y cerrada por verjas de hierro, preséntase desde luego la fuente de la Hidra muerta á manos del invicto Alcides, á quien rodean sátiros y ninfas solazándose en las aguas del pilon. A espaldas de esta, en otra plazuela mas umbría y deliciosa rodeada de cómodos asientos, da nombre á la segunda fuente la gallarda estátua de Apolo vencedor de la serpiente; cabezas de águilas y leones con escudos de armas resaltan de los bordes de su estanque (1). Desde allí irradian, se estienden, crúzanse en opuestos rumbos opacas galerías á las cuales sirven de bóveda las densas ramas y de columnata los añosos troncos; el azul de los cielos apenas se vislumbra entre el verdor, y la luz del mediodia solo desciende en finísima lluvia bordando el suelo de menudos arabescos. De senda en senda va la planta errando, dirigiéndose instintivamente allá donde es mas oscura la enramada, mas perfumado el ambiente, mas dulce la melodía de los ruiseñores; y así tambien va discurriendo el alma en éxtasis delicioso, y se agolpan mil suaves recuerdos á la memoria, mil vagos deseos al corazon. Si buscan los ojos esparcimiento y luz, entre la compacta arboleda hallan amenos claros alfombrados de preciosas flores; si desean variedad y guia entre la uniforme frondosidad, al estremo de la calle ó al revolver de una esquina tropiezan con hermosas fuentes, cuyas estátuas de bronce descuellan en medio de sus pilones de mármol con gentil apostura. Ya es un chorro cuya sombra indica el curso de las horas; ya un niño que de su pié arranca una espina, en el centro de una plazoleta cuyos ángulos lindamente adornan cuatro pabellones con columnas de mármol blanco; ya una Venus que esprime el agua de su larga cabellera; ya un rechoncho Baco grotescamente sentado sobre un tonel y brindando con la copa; ya la figura de Neptuno gobernando su marina carroza, y mas abajo en otros tantos pedestales las de Júpiter, Juno, Ceres y Cibeles, grupos de no gran tamaño ejecutados admirablemente por Algardi; ya por fin, en una península antes isleta, tritones y ninfas que sostienen doble taza. Todas estas fuentes, no tan complicadas en su forma ni tan ricas y copiosas en su juego como las de la Granja, llevan impresa la severidad y buen gusto de los primeros años del siglo XVII, aunque reparadas algunas ácia 1660 (2); y el jardin entero,

(1) Véase la lámina de la fuente de Apolo, sita en el jardin de la isla.

(2) La fuente del niño de la espina, llamada tambien de las Harpías por las que asientan so-

á pesar de las modificaciones y reformas porque ha pasado, parece retener el sello de sus primeros poseedores, sombrío como los pensamientos de Felipe II, galante y misterioso como los placeres de Felipe IV.

Menos umbrías y mas anchas calles que el de la *isla*, mas reciente y variado aspecto, ofrecen los dilatados jardines del otro lado de la carretera. Al oriente de palacio, cogiendo una legua de estension, plantóse en 1564 doble línea de chopos, que reemplazada en 1692 por olmos negros tomó el nombre de *calle de la Reina*; varios puntos deliciosos, como el *Sotillo* y el jardin *de Primavera* se esparcian por la llanura que media entre aquel paseo y las orillas del Tajo. Allí Carlos IV todavía infante principió á formar un pequeño vergel, que ensanchándose luego y abarcando en su seno á los otros ya existentes, los refundió en uno solo con el nombre de jardin del *Principe;* y en su ornato y dimensiones obsérvase una idea muy superior á la que produjo por aquellos años obras análogas de recreo. Mas bien palacio que pabellon, levántase á un estremo de los jardines la casa del *Labrador*, que principiada en 1803 encubre bajo su modesto título toda la ostentacion de la opulencia real: sus dos alas salientes que dejan en el centro un patio, su elegante ventanaje con bruñidos arquitraves y dinteles, las estátuas dentro de nichos interpolados con los balcones del piso alto, su aspecto esterior en fin, no parecen brindar á un pasagero descanso sino á una detenida permanencia. Y bien la requiere el prolijo exámen de las preciosidades que se agolpan á los ojos, desde su escalera revestida de mármoles y dorados bronces, hasta la última estancia de sus boardillas: mosáico de jaspes y porcelana en el pavimento, frescos de Maella y de Zacarías Velazquez en los techos, muros forrados de platina ó de sederías bordadas con esquisitos paisages, la galería *italiana* poblada de antiguos bustos y curiosos objetos, riqueza en todo combinada con la elegancia, tal es el espléndido atavío de aquellas salas en miniatura.

Cerrados al norte por el rio, y al sur por la *calle de la Reina*, ácia la cual tienen varias y suntuosas entradas, prolónganse los nuevos jar-

bre cuatro columnas en los ángulos del pilon, fué empezada en 1615 y reparada en 1669; la de Neptuno, antes de Ganimedes, fué hecha en los primeros meses de 1621, reinando aun Felipe III, segun la inscripcion, y reedificada en 1662; la de los Tritones lleva por fecha el año de 1657; la de la Hidra fué colocada en 1661 en lugar de otra de Diana, y sus figuras son obra tambien de Alejandro Algardi, célebre escultor italiano de aquellos tiempos.

dines, agotando en su distribucion los caprichos de la fantasía, y los tesoros de la vegetacion en su recinto. Allí flores de todo matiz, frutales de toda sazon, plantas de todo suelo; y entre frondosos álamos y chopos, entre el lánguido suace y el erguido ciprés, asoman su estrangero follage árboles venidos de Inglaterra y China, de las cumbres del Líbano y de las riberas del Misisipi. Vése la naturaleza, sometida á las exigencias del arte sin perder nada de su vigor y lozanía, llevar á cabo con rápido y constante afan lo que aquel solo trazó, y perfeccionar mas y mas su obra; porque los años que desgastan las fábricas de piedra, desarrollan y embellecen los verdes palacios de la otra, añadiendo corpulencia á los troncos y á la bóveda espesura. A guisa de calles adornadas de pórticos tienden sus cuatro hileras las alamedas principales, cruzadas por otras menores ora rectas ora oblicuas, y surcadas en el interior de sus cuadros por angostas y enmarañadas sendas que enredan y confunden como las revueltas de una ciudad morisca. Gusta el curioso de estraviarse á propósito en ellas, de engañarse á sí propio multiplicando con mil rodeos la distancia de los lugares, y de ir descubriendo sin mas guia que el capricho ó la casualidad las bellezas y curiosidades por el ámbito derramadas; la gentil estátua de Neptuno cabe un arroyo, la montaña *Suiza* que domina el jardin, el ameno emparrado, el travieso laberinto, la figurada union del anciano Tajo con la ninfa del Jarama dando orígen entre peñascos á un riachuelo que se aleja serpeando, la choza del *ermitaño* en una isleta, y reflejados en las aguas de verdosa balsa el pabellon chinesco y el griego templete cuyos mármoles realza el ornato propio de su estilo. Las fuentes, imitando en suntuosidad á las de S. Ildefonso, deben asimismo sus estátuas á otro escultor Dumandré: Ceres ó la *espigadera* asoma sentada á flor de agua en medio de dos primorosas canastas de flores; en la del *Cisne* dos tritoncillos sujetan al ave blanca de Venus; el gallardo Apolo aparece como inspirado en medio de un semicírculo de columnas, que al brotar los caños se convierte en templete de cristal; y cuatro atletas sostienen la grandiosa taza sobre la cual el bello Narciso se abalanza á besar su imágen, y sus trémulos labios parecen modular los dulcísimos versos que tributa á su amor sin esperanza el autor de las *Metamórfosis* (1).

(1) *Metamorph.* lib. III. El soliloquio de Narciso es tal vez el pasage mas delicado de las obras del tierno Ovidio.

¡Mansiones encantadoras, remedo ó mas bien injerto de la fecunda naturaleza! el poder humano para embelleceros no ha encontrado nada mejor que robar su gala á los bosques y praderas; y cansados de su esplendor ficticio los monarcas han sentido la necesidad de procurarse los placeres que el campo á todas horas está ofreciendo á sus habitantes. En balde empero prodigan sus tesoros y apuran en vosotras el ingenio: su importuna grandeza les precede cual opaca sombra; y el tedio y los cuidados, las pasiones y las intrigas componen su inseparable acompañamiento. La corte instalada en vuestro seno os trae consigo el emponzoñado aliento de las capitales; y los actores y la escena forman entre sí un profundo contraste de fausto y sencillez, de etiqueta y libertad, de agitacion y de sosiego. La pureza del ambiente no se transfunde á los sentimientos, ni la risueña y apacible calma á los deseos y tempestades del corazon; el rumor de la cascada no concilia el sueño al ambicioso; el blanco susurro de las hojas confúndese hartas veces con el arrullo de la lisonja ó con el silbo de la calumnia. Muchos y graves secretos guardais, muchos proyectos cobijásteis bajo vuestras enramadas de grande influencia en los destinos de la monarquía; pero en las bandadas de cortesanos que por tantos reinados habeis visto renovarse, ¿no hallásteis por lo general algo de comun con esos árboles vuestros, de costoso riego y pomposa apariencia, cortados á tijera, formados en línea, y sobrado parecidos entre sí?

SEGUNDA PARTE.

Capítulo primero.

Toledo.

§. I.

LGEROS (*) é impalpables, como nubes empujadas por el viento, se ciernen sobre el horizonte de la ciudad imperial los grandiosos recuerdos que se exhalan de la tumba de cien generaciones, que en aquel peñon ceñido por el Tajo asentaron su esplendor y poderío. La luz del dia los mantiene como comprimidos en las entrañas de la tierra; y aunque ninguna poblacion supera ni tal vez iguala á Toledo en poética y monumental fisonomía, y ninguna conserva ó imita mejor por lo menos los vestigios y carácter de sus moradores sucesivos, es tal la riqueza y variedad de sus arquitecturas, y tan poderoso el encanto con que obra en los sentidos su pintoresco

(*) Esta Li es copia de un antiquísimo códice del Monasterio del Escorial; las demas letras iluminadas que adornan este tomo estan sacadas de una Biblia muy antigua de la Biblioteca nacional de Madrid.

conjunto, que los goces del artista apenas dejan lugar á las meditaciones del historiador ni al analísis del anticuario. Pero cuando las sombras del crepúsculo, borrando gradualmente los detalles, acaban por confundir los objetos y las distancias, del profundo y murmurante rio, de la húmeda vega, de las peñascosas alturas van subiendo y condensándose las memorias de lo pasado, y envolviendo á la ciudad dormida prestan á su perfil opaco é indeciso la forma mas acorde con la época que retratan. Toledo entonces despierta de su letargo, y desechando las joyas todavía ricas de su decadencia, debajo de la actual vestidura enseña los primitivos trages y suntuosos atavíos que por su turno la engalanaron: romana, goda, sarracena, para cada pueblo tiene su decoracion; y la sombría mole de sus edificios alternativamente se trasforma en aras y anfiteatros, en basílicas y palacios, en haremes y mezquitas. Su terreno arroja de sí los tesoros que á guisa de capas en él depositaron la impetuosa lava de las revoluciones y el lento paso de los siglos: porque la historia que en sus fábricas leeis solo compone un período de su dilatada existencia; sus monumentos se amasaron con el polvo de otros anteriores, sus antigüedades son renovaciones de antigüedades mas remotas.

Allá en lo mas denso de las tinieblas veis removerse los robustos brazos que en la áspera muela abrieron los primeros cimientos de habitacion humana: la oscuridad no permite reconocer si eran hebreos, griegos ó indígenas, si llevó el nombre de patriarca ó de semidios su fundador colosalmente engrandecido por la distancia, ó si cónsules romanos abrieron el sulco de la nueva poblacion (1). Y acaso lo atribuyéramos todo á capricho de la fantasía, si por la ribera del Tajo no

(1) En las crónicas é historias pueden verse largamente diversas y singulares opiniones acerca de la fundacion de Toledo. Muchos la atribuyen al mismísimo Tubal, como decia *Gracia Dei* en el lib. II. de su nobiliario:

Este primer rey de miedo
Hizo su asiento en Toledo,
Que por las aguas no ha osado
En lo llano hacer poblado,
Sino en montes y en roquedo.
Y en general así usavan
Desque las aguas cesaron,
Que en altos montes poblavan;
Nombre con T señalavan
A los pueblos que fundaron.

Otros designan por fundador á Tago, otros á Hércules egipcio hijo de Osiris, que habitó su famosa cueva y en ella *leyó magia durante algunos años:* la crónica *General* y la de mosen Diego Valera entretegen con estos orígenes divertidas fábulas del rey Rocas, del rey Tartus y del rey Pirro y de la venida de los griegos por via de Ingalaterra. La etimología griega de *Ptolietron* ha dado márgen á creerla colonia de griegos, y la hebráica de *Toledoth* (generaciones) á suponerla poblada por judíos, ora Nabucodonosor los trajese consigo á España, ora los condujese cierto Pirro capitan del rey Ciro. Mas modesto que todos anduvo el arzobispo D. Rodrigo no remontando la anti-

viéramos indudablemente avanzar las huestes romanas, y huir derrotados los vacceos, celtíberos y vetones, dejando cautivo á su rey Hilermo en poder de Marco Fulvio: la *pequeña y fortalecida* ciudad (1) resiste todavía; pero al año siguiente (192 antes de C.), á pesar del socorro de los vetones, logra el victorioso caudillo enarbolar en sus enriscados muros las águilas del Capitolio. Toledo aparece ya como cabeza de la aguerrida Carpetania, acuña monedas, consagra lápidas á la magestad imperial de los señores del mundo (2); y aunque el recinto de sus murallas solo rodea por entonces la cima

tar su trono sobre la unidad religiosa. Pero la muerte, cortando en breve sus maduros años y los juveniles de su hijo Recaredo II (621), arranca de cuajo la naciente dinastía, pasando la corona á Suintila, ilustre ya por sus victorias, cuya espada tan pronto se desenvaina contra los indómitos vascones, como arroja para siempre de las costas de la Península á los degenerados romanos del Oriente. La paz enerva de repente al magnánimo Suintila; murmúrase de su prodigalidad, de su molicie, del funesto ascendiente sobre él adquirido por su hermano y por su esposa; y depuesto del trono con su hijo Recimiro, que á su lado crecia para sucederle (631), sobrevive en el destierro ó tal vez en la corte misma á su dignidad y á su gloria (1). De esta suerte el azar ó la usurpacion, removiendo sin cesar el suelo, frustraron todo esfuerzo para convertir la corona electiva en hereditaria, y no hubo estirpe por benemérita ó venturosa que lograra hospedarse en el alcázar regio por mas de dos generaciones.

Entonces los reyes se amparaban tras del altar pidiendo á la iglesia una aprobacion augusta que legitimara su derecho. Sisenando pareció en la basílica de Sta. Leocadia ante el concilio IV (633) á pedirle el afianzamiento de la diadema que con el ausilio de las armas francesas habia quitado á Suintila; y tres años despues Chintila reunió

los cargos públicos. Sisebuto en su persecucion contra los judíos siguió el ejemplo del emperador Heráclio, imitado luego por Dagoberto, rey de Francia; y aunque S. Isidoro en su historia y el concilio IV de Toledo tachan su celo de temerario, dictó este respecto de los mismos varios cánones harto rigurosos, y entre ellos el de apartar á los hijos de los padres. En el VI se estableció que el rey en su advenimiento al trono jurase no tolerar la secta judáica, y en el Fuero-Juzgo se lee todavía la abjuracion y protesta de fé que hicieron universalmente los judíos en el año sesto de Recesvinto; sin embargo las prevenciones á menudo repetidas contra ellos manifiestan que á pesar de todo continuaron residiendo en España. Una conjuracion, cuya certidumbre nos confirman las historias de los árabes, tramada en 693 para vender á estos la monarquía, motivó el terrible decreto formado con acuerdo del rey y de los próceres en el concilio XVII, que impone confiscacion de bienes y servidumbre á todos los judíos como apóstatas y conspiradores, mandándolos dispersar por el reino y confiar la educacion de sus hijos á los cristianos.

(1) El arzobispo D. Rodrigo, callando las quejas suscitadas contra Suintila y su deposicion espresamente consignada en el concilio IV, afirma que terminó tranquilamente en Toledo el reinado y la vida, y supone hijos suyos á Sisenando y á Chintila. S. Isidoro colma de elogios á este ínclito rey en la *historia de los godos*, bien que solo alcanza al año quinto de su reinado; el Pacense dice que gobernó dignamente, y que Sisenando invadió el trono como usurpador: no es Suintila el único rey godo en quien se han pretendido conciliar los opuestos testimonios de los historiadores, atribuyéndole loables principios y perversos fines. Nada comprueba que Suintila fuese hijo del piadoso Recaredo, como han repetido nuestros escritores desde el arzobispo D. Rodrigo acá; no siendo de creer que la nacion y la iglesia hubieran olvidado hasta tal punto para con el hijo los méritos y la gloria del padre, aquella posponiéndolo en la eleccion á Witerico, Gundemaro y Sisebuto, y esta confirmando en pleno concilio su destronamiento con acerba severidad.

el concilio V para que confirmara en su persona la eleccion de los magnates, y proveyera á su indemnidad y á la de sus hijos (1). Pero su vida fué bien corta, y mas corto aun el reinado del jóven Tulga (2), depuesto con ocasion de sus pocos años por el ambicioso Chindasvinto (642), quien enfrenando á la nobleza goda, tampoco omitió reunir otro concilio, que fué el VII, para hacerle lanzar anatema contra los rebeldes y conspiradores. Asegurado mejor que sus antecesores en el trono (3), sentó á su lado al hijo Recesvinto, dejándole un reino tran-

(1) Son muy notables los cánones de dicho concilio, publicando escomunion contra el que, sin nobleza sobresaliente de godos y sin comun eleccion, intentare subir al trono, contra el que maldijere al príncipe, contra el que pretenda averiguar temerariamente en el porvenir el plazo de sus dias con la mira de sucederle; manda ademas que los hijos de los monarcas difuntos sean mantenidos por el sucesor en la posesion de sus legítimos bienes y los leales servidores en el goce de las mercedes que obtuvieron. En otros concilios se imponen severas penas contra los rebeldes y traidores, necesitando el rey autorizacion espresa para ejercer su prerogativa de perdonar, como la pidió al concilio VIII Recesvinto.

(2) Del epitafio que copia cierta obra estrangera harto desconocida, titulada *Gesta Danorum extra Daniam,* y que debió existir segun su contesto en la basílica de Sta. Leocadia, aparece que este príncipe *bonæ indolis et radicis Gothorum*, como lo llama el Pacense, murió jóven y llorado, acaso en seguida de su destronamiento. Creemos interesante recoger estos y los siguientes versos, tratándose de un período tan escaso de datos históricos como de monumentos literarios.

Hac moreris, Tulga, primæ sub flore juventæ,
  Qui multos annos vivere dignus eras.
Indole præclara, ceu Titan, surgis in orbem;
  In medio cursu stamina parca secat.
In te religio micuit, pietasque, fidesque,
  Pauperibus largus, justitiæque tenax.
Annos qui numeret, juvenem te dixerit esse;
  Virtutes numerans, dixerit esse senem.
Te pueri lachrymis deflent, juvenesque, senesque;
  Urbs toletana patrem te vocat esse suum.
Ad meliora tuo regno, rex, regna vocaris,
  Pax ubi continua est et sine nube dies.
Sorte sepulchrali, Tulga, Leocadia virgo
  Associata tibi est, semper amica comes.
Et comes in terris, comes et super æthera fida,
  Gaudet ubique tuo, rex generose, bono.
Eriperis terræ princeps, at sidera calcas,
  Quam tibi virtutes expediere viam.

(3) De los malos medios que para ello empleó Chindasvinto algo indica el Pacense: «*per tyrannidem regnum Gothorum invasum, Iberiæ triumphabiliter principatur, demoliens Gothos...*» Pero mas severo se muestra con él S. Eugenio III que le sobrevivió cuatro años, si es suyo el epitafio de Chindasvinto inserto en el precioso códice que de sus poesías se conserva en la biblioteca de la Sta. iglesia de Toledo, del cual entresacamos estos amargos dísticos apenas compatibles con la suave moderacion del santo y con las consideraciones debidas á Recesvinto, hijo y sucesor del inculpado monarca.

Plangite me cuncti quos terræ continet orbis,

quilo al bajar cuatro años despues al sepulcro (653); y las sabias y numerosas leyes del nuevo soberano, el sosiego de los pueblos, el esplendor de la iglesia durante su largo reinado, los elogios tributados por tres concilios á su celo y clemencia, han hecho grata la memoria de Recesvinto, ocultando los vicios que mancillaron su persona (1). Diríase que en aquel siglo la luz y la grandeza se habian refugiado al templo, apareciendo mas gloriosa la santidad de los prelados y la fir-

Sic vestra propriis probra laventur aquis.
.....
Chindasuindus ego noxarum semper amicus,
Patrator scelerum Chindasuindus ego.
Impius, obscenus, probrosus, turpis, iniquus,
Optima nulla volens, pessima cuncta valens.
Quidquid agit qui prava cupit, qui noxia quærit,
Omnia commissi pejus, et inde rui.
Nulla fuit culpa quam non committere vellem,
Maximus invictus sed prius ipse fui.
Eu cinis hic redii sceptra qui regia gessi,
Purpura quem texit jam modo terra premit.

En el mismo códice se lee un tierno epitafio á la reina Reciberga hecho á nombre de su esposo Chindasvinto, aunque otros lo atribuyen á Recesvinto, fundados en que aquel murió de noventa años, edad harto desigual con la de su consorte. A ser cierto el supuesto, cuyo fundamento ignoramos, hubiera Chindasvinto subido al trono ya octogenario, cosa apenas creible, pues su edad decrépita debia ser mayor inconveniente para el gobierno que la juvenil de Tulga. El epitafio de Reciberga dice:

Si dare pro morte gemmas licuisset et aurum,
Nulla mala poterant regum dissolvere vitam:
Sed quia sors una cuncta mortalia quassat,
Nec pretium redimit reges, nec fletus egentes;
Hinc ego te, conjux, quia vincere fata nequivi,
Funere perfunctam sanctis commendo tuendam;
Ut cum flamma vorax veniet comburere terras,
Cœtibus ipsorum merito sociata resurgas.
Et nunc chara mihi jam, Recciberga, valeto,
Quodque paro feretrum rex Chindasuindus, amato.
Annorum breviter restat edicere summam
Qua tenuit vitam simul et connubia nostra:
Fœdera conjugii septem fere duxit in annos,
Undecies binis ævum cum mensibus octo.

(1) El Pacense le llama *flagitiosum sed tamen bene monitum*; Cixila en su vida de S. Ildefonso dice del mismo Recesvinto, *rex minus de timore Dei sollicitus et de suis iniquitatibus male conscius;* y un cronista de la edad media añade mas, *fuit autem pessimus, nam sacrificabat dæmonibus.* Hay quien supone que mas tarde se corrigió con las amonestaciones de S. Ildefonso; y sin embargo las alabanzas de los concilios solo pueden referirse á los primeros años de su reinado. En la biblioteca del Escorial existe una carta de S. Fructuoso, obispo de Braga, al citado rey, pidiéndole la libertad de los que estaban detenidos en prision desde el tiempo de Sisenando, probablemente por afectos á Suintila.

meza de su autoridad ante lo efímero de las dinastías y lo imbécil ó corrompido de los monarcas. Toledo sucesivamente vió resplandecer su augusta mitra en las sienes del venerable Heladio, del sabio Eugenio II, del dulce y elegante Eugenio III (1), del inmortal Ildefonso, del magnánimo Julian, uno tras otro coronados en el cielo, y bajar en cambio sobre la tierra con el iman de sus virtudes los prodigios y resplandores del empíreo.

Al través de vagas nieblas salpicadas de puntos luminosos, van desfilando en torno de la ciudad aquellos recuerdos tan pálidos é indecisos en la historia, aquellas sombras ensangrentadas de reyes asesinados, aquellas mustias sombras de reyes depuestos despojados de su cabellera, dejando inciertos rastros de alabanza ó de oprobio: piérdense en rumor confuso el estruendo de la victoria, las aclamaciones de la tiranía, el grito de los conjurados, el anatema de los concilios; crímenes y virtudes, invectivas y lisonjas, sordas intrigas y gloriosos hechos, revuelto todo en un mismo caos. Ni los lugares y edificios aparecen mas distintos ó marcados que los sucesos; y solo muy en confuso se divisan á lo lejos el monasterio Agaliense, ilustre semillero de obispos y de santos (2), al pié de los muros la basílica pretoriense de

(1) De este santo arzobispo quedan varias obras teológicas en prosa y una coleccion de poesías latinas, de las cuales insertamos arriba algunas muestras. A ellas solo añadiremos el epitafio que él mismo se escribió en ocho versos, cuyas primeras letras dicen *Eugenius,* y las últimas *misellus:*

Excipe, Christe potens, discretam corpore mentem
Ut possim picei pœnam vitare baratri.
Grandis inest culpa, sed tu pietate redundas;
Elue probra, pater, et vitæ discrimina tolle.
Non sim pro meritis sanctorum cœtibus exul:
Judice te, prosit sanctum videre tribunal.
Vis, lector, uno qui sim dignoscere versu?
Signa priora lege, mox ultima nosse valebis.

Eugenio pertenecia á una noble familia descendiente del rey Atanagildo: sus versos abundan en preciosas indicaciones y delicados pensamientos. Los que dedica á la memoria del conde Nicolás, su abuelo, terminan con estos hermosos dísticos:

Postquam magnificos gessit ex hoste triumphos,
Dura sorte necis, hic tumulatus inest.
O felix vita, ó mortis sententia dira!
Sic vixisse placet, sic obiisse dolet.

(2) Estaba dedicado este famoso monasterio á los Stos. Cosme y Damian, y es probable fuese de canónigos reglares mas bien que de benedictinos. Los falsos cronicones lo suponen fundado en 560 por Atanagildo; lo cierto es que existia ya antes del siglo VII, y que de allí salieron los pre-

S. Pedro y S. Pablo, y la de Sta. Leocadia fundada por Sisebuto, en lo alto la cátedra de Sta. María y el palacio de los reyes, en derredor los fuertes muros y torreadas puertas erigidas por el ínclito Wamba y confiadas á la custodia de los santos tutelares. Pero ved ahí entrar por ellas al mismo Wamba en su triunfal carroza (673), precediéndole cautivos en trage de escarnio los rebeldes de Aquitania y á su frente Paulo, desleal caudillo erigido en intruso rey, cuyo castigo no fué mas allá de la ignominia: aquel es el postrer rayo de gloria que brilla para los godos; sus estandartes, enarbolados tras de sangriento asalto en Narbona y Nimes, subyugan á los galos impacientes de sublevarse y contienen la ambicion de los francos; y en las costas del Mediterráneo humean las naves, y corre la sangre de los árabes invasores, que con armada formidable tientan ya su futura conquista. Toledo se renueva toda con espléndidas obras bajo el benigno cetro del anciano Wamba; los soldados le aclaman héroe, los pueblos padre, la Iglesia restaurador de la disciplina; pero un dia, el 14 de octubre de 680, despierta el buen rey de súbito letargo, amortajado con la cogulla de monge y cortada la cabellera; y confirmándose por muerto, y retirándose al monasterio de Pampliega, deja á Ervigio la corona que le obligó á aceptar la violencia y que le arrebata la ingratitud y el engaño.

Ervigio, hijo de patricio griego y descendiente por su madre de Chindasvinto, afectando piedad y blandura, congregó casi anualmente concilios, asi para legitimar su usurpacion, como para precaverse de otras semejantes asechanzas, y en sus leyes trató de acomodarse á lo débil de su posicion y á la molicie de los tiempos: mas apenas falle-

lados mas eminentes. Sábese que estaba situado en las afueras, los mas creen que ácia la llanura del norte: «ni es maravilla, dice el Dr. Pisa, que no se alcance su sitio, pues ni los historiadores de aquel tiempo curaron de decirlo, ni la tradicion lo demuestra, ni hay que esperar que los vestigios ó ruinas lo den á entender, por haber sido aquel monasterio mas famoso en santidad que suntuoso en el edificio, y por ventura fué de labor de tapias de tierra ó poco mas, cual pertenecia á la pobreza que aquellos santos varones profesaban y guardaban.»

Del título de *pretoriense* que llevaba la basílica de S. Pedro y S. Pablo, donde se celebraron los concilios VIII, XII, XIII, XIV, XV, XVI y XVIII, sin contar otro anterior tenido en 597, deducen muchos que se hallaba contígua al palacio que suponen mansion de los reyes godos en el sitio ocupado ahora por el convento de Sta. Fé; otros la reducen á la ermita de S. Pedro el verde ó *vetere* (antiguo) situada en la vega al occidente. *Pretoriense* se llamaba tambien la basílica de Sta. Leocadia en el sitio donde subsiste, lo cual ha dado motivo á suponer en sus inmediaciones otro palacio, cuyo asiento ha designado la tradicion en el solar de S. Agustin. Asi pues se establecen dentro de la capital dos palacios reales, uno al oriente, otro al occidente, el primero habitado por Wamba y el segundo por Rodrigo; pero esto son hipótesis que no llegan á conjeturas. La basílica de Sta. María se halla nombrada como *sede*, y en ella se tuvieron los concilios IX y XI.

cido sin probarle el gusto al trono (687), su yerno Egica, sobrino de Wamba, repudia á su muger Cixilona, y pide á otro nuevo concilio que le absuelva del juramento antes prestado de amparar á la viuda y á los huérfanos de Ervigio. Religioso ante las asambleas episcopales que á menudo convocó, diligente reformador de las leyes, suspicaz y duro en su gobierno, oprime Egica con cetro de yerro á la nobleza goda, llenando el reino de proscripciones y suplicios, y amasando tesoros con indignas artes: la tempestad lejana ruge ya en el horizonte; los árabes aparecen de nuevo en las costas cual fantasmas importunos inútilmente rechazados; los judíos del reino conspiran sordamente (1), y son entregados á acerba servidumbre. En vano Witiza, imprudente pero benigno mozo (2), gobernando á Galicia desde su palacio de Tuy en vida de su padre y sucediéndole luego en el reino universal (702), enjuga las lágrimas, repara las injusticias, entrega al olvido los agravios y al fuego las deudas y procesos; una nube, suscitada por sus vicios posteriores ó por las acusaciones de sus enemigos, ha oscurecido la memoria de este rey desgraciado; y la fúnebre luz que arroja nos le muestra en brazos de sus concubinas, decretando matanzas ó desafiando las censuras de la Sta. Sede, la abominacion introducida en el santuario, profanados los templos, indefensas las ciudades, derruidos sus muros por una suspicaz y cobarde tiranía, y la corte y la nacion entera hecha cómplice de su monarca, y aletargada en la corrupcion y embriaguez que precede por lo comun á las desastrosas caidas de los imperios.

Dejemos aquí á un lado el lente de la crítica, antes que desvanezca en el aire las encantadoras y romancescas visiones, que engrandecidas y adornadas de cada vez mas por la fantasía, han adquirido con

(1) «Egica, rey de los Rum (cristianos) se alarmó y envió á Edfunsch (Ildefonso) con ejército contra los musulmanes, y quedaron muertos dos mil musulmanes en la batalla; y dijeron los judíos á Muza sobre la conquista de Andalucía.» (Aabd Allah citado en las *Cartas ilustrativas de la España Arabe.*)

(2) Si Egica hubo á Witiza en su muger Cixilona, no podia contar en 702 arriba de 21 año. *Patri succedens in solio*, dice de Witiza el Pacense, *quamquam petulanter, clementisimus tamen;* y sigue ponderando sus virtudes y el contento y la dicha de que gozó España bajo su reinado. Y el continuador del Biclarense: *Witiza nimia quietudine in solio sedit, omni populo redamante.* El cronicon Salmanticense y el Albeldense fueron los que en el siglo IX y X empezaron el proceso contra Witiza, refiriendose tal vez á autores ó tradiciones existentes en su tiempo, cuya fuerza no pretendemos negar. Entre los historiadores modernos apenas hay uno que no haya puesto algo de su caudal para ennegrecer el cuadro. Acaso la memoria de los rigores y crueldades de Egica y el apasionamiento del poderoso partido que ausilió á Rodrigo para destronar á Witiza, pudieron influir no poco en dar á este tan infame nombradía.